



DAYANA MURGUIA MENDEZ

REVOLUCIÓN Y UNIVERSIDAD, PENSAMIENTO Y PRAXIS DE JUAN MARINELLO

Resumen

En el artículo se trata del análisis de la vida, pensamiento, trayectoria intelectual y praxis de Juan Marinello.

Palabras clave: *Cuba, Juan Marinello, concepción marinelliana de la universidad.*

Abstract

The article deals with an analysis of the life, political thought, ideas and practical activities of Juan Marinello.

Key words: *Cuba, Juan Marinello, marinellian concept of university activities.*

Introducción

Juan Marinello Vidaurreta (1898–1977) es uno de los intelectuales comunistas cubanos que más interés ha despertado dentro del campo de las ciencias sociales de la Isla. Con diversas inquietudes, literatos, sociólogos, filósofos, pedagogos e historiadores, se han sumergido en su impronta y puesto de relieve una sorprendente versatilidad de estilos, creaciones y enfoques políticos y artísticos que lo singularizan dentro de su generación. Las letras, el arte, la ética, la política y el intelectual, la revolución, la sociedad, la cultura, constituyen análisis recurrentes en su medular ensayismo. Lo mismo para calibrar la vida de un gran hombre, que para examinar el deber ser de las sociedades que conoció.

Sin embargo, todavía permanecen vertientes de su vida y obra necesitadas de ser exploradas. Entre ellos, su inteligente ejecutoria para aunar voluntades, vencer discrepancias menores y conciliar criterios, su oratoria y su condición de fino polemista. Facetas que son reconocidas como de las más brillantes dentro de la intensa y extensa trayectoria de Marinello, de la alborada republicana y el desmontaje colonial español, hasta la revolución socialista. Justamente, la propuesta que sigue permite entrever a un Marinello, que, a diferencia de los marxistas latinoamericanos que le iluminaron: Julio A. Mella, José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce y Rubén Martínez Villena, llega en plenitud a la revolución triunfante, con la posibilidad real de ver concretadas las previsiones de muchos años.

Sería entonces cuando sus viejas concepciones sobre la democratización de la enseñanza, tan polémicas e incomprensibles en las décadas de la república neocolonial burguesa, comenzarían a verse realizadas en un nuevo contexto, una vez que es designado Rector de la Universidad de La Habana, iniciada la reforma universitaria de 1962.

Las ideas educacionales de Marinello que interesan aquí tienen su antecedente más relevante en los años 40 con los postulados de la “escuela unificada”, aquella que, grosso modo, significaba levantar las barreras y diferencias de clases en la educación elemental para garantizar bajo un mismo tipo de maestro, texto y orientación política, una imagen única de nación. En un escenario en que la escuela pública u oficial, cada vez más devenía en espacio instructivo del niño pobre, que ni siquiera alcanzaba a concluir el 3er grado, la propuesta unitaria de Marinello procuraba superar la distinción formadora de los ciudadanos en todos los niveles educativos existentes. Es decir, la unificación de la enseñanza abriría posibilidades a la accesibilidad masiva a la cultura y a la ciencia, así como escalar en las estructuras

sociales del sistema democrático-burgués, no por los recursos económicos poseídos para agenciarse una mejor educación sino por las capacidades propias del intelecto.

Estas ideas suyas no pueden ser entendidas separadas de lo que en el mundo de la pedagogía moderna se debatía en los países de Europa occidental, durante la primera postguerra. En Rusia soviética, por ejemplo, la escuela única y unificada se aplicó ampliamente, aunque de igual modo se resentían algunos de los principios escolanovistas más defendidos¹. Tampoco ha de desconocerse que homogenizar la educación escolar también formaba parte de una línea de pensamiento nacionalista en Cuba, de diversas orientaciones políticas en la república, que confluían en la nacionalización de la enseñanza. Aún cuando algunos exponentes de la pedagogía de avanzada cubana consideraban que educar para la democracia significaba hacerle el frente a las ideologías “totalizadoras” y por ende asfixiantes de la libertad del individuo, como el comunismo, así como las formas de gobierno que las encarnaran².

Democratizar la escuela sería entonces uno de los pasos dados para, propio de la estrategia del partido de los comunistas cubanos de entonces, minar las estructuras de la institucionalidad burguesa en la transición hacia una sociedad de mayor justicia social. Esta proyección es importante tenerla en cuenta para entender el quehacer de Marinello una vez que triunfa la Revolución cubana de 1959 y es proclamado Rector de la Universidad de La Habana. Es entonces que la concepción marinelliana de la universidad se entronca con la noción de “escuela unificada”. Lo que comenzara a denominar “universidad del pueblo” forma parte, por tanto, de ese proceso de lucha del intelectual por llevar la educación y el más alto haber de cultura a los amplios sectores y grupos de la sociedad. Los cambios revolucionarios habrían de preparar el terreno para la puesta en práctica de esa concepción democrática³.

Concretando una vieja aspiración

Las constantes críticas que por años el intelectual acumuló respecto a cómo dotar de verdadero sentido social a la universidad, sobre todo durante la década de 1950, ayudaron a perfilar los nuevos destinos del alto centro de estudios en el contexto de la reforma universitaria de 1962. Iniciadas sus labores como Rector, bien sabía que la reforma educacional constituía un proceso gradual y coordinado en todos los niveles de enseñanza y que demandaba, en primer lugar, los medios humanos y técnicos para llevar adelante la obra transformadora. Cosa de menos arrojo era llevar el pueblo a la universidad ya que franqueadas las fronteras sociales y económicas, quedaba la enseñanza superior asequible a quien se animara a recibirla.

Lograr la anhelada universidad del pueblo y para el pueblo, suponía, como es evidente, la recomposición de su estructura social, de manera que fuera desterrada la otrora realidad donde un “guajiro de Jicotea está mucho más lejos de un título de bachiller que un burgués habanero de uno de doctor”⁴. Sugerente, al respecto, su apreciación cuando en 1959 escribe “Revolución y Universidad”:

El pueblo debe ir a la Universidad; pero la Universidad debe ir al pueblo [...] que la Universidad devuelva al pueblo lo que de él recibe. Habrá que encontrar la vía oportuna. Pudiera ser la organización de una Universidad Popular junto a cada una de las actuales universidades oficiales [...] O como en China, establecer institutos especiales encargados de ofrecer enseñanza a campesinos y obreros [...] De un modo o de otro, las masas han de recibir la cultura y la orientación que impulse la nueva enseñanza superior⁵.

Así, comenzaron a implementarse algunas iniciativas que ofrecían a estos estratos sociales determinadas nociones de ciencia, a través de cursos nocturnos y misiones en fábricas y regiones campesinas. Al empeño tributaban también, entre otras ideas, los distintos cursos de superación obrera y las pruebas de capacitación de la enseñanza que tenían lugar en el recinto universitario, en ocasiones, volcados a lograr una cultura general en sus matriculados. Sin embargo, lo que más notoriamente resumía la aspiración de popularizar la universidad, al menos en La Habana, no fue concretado hasta finales del rectorado de Marinello, en la denominada Facultad Preparatoria Obrera Campesina “Julio Antonio Mella”.

La puesta en práctica de una dependencia universitaria donde se vincularan obreros y campesinos a estudios superiores (aunque se incluía la convocatoria a miembros del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, trabajadores por cuenta propia, administradores de empresas y cuadros dirigentes de organizaciones de masas y políticas), provenía fundamentalmente de la experiencia socialista de los países de Europa del Este, no obstante a que en Cuba estas esencias ya habían tenido ciertos grados de realización bajo el empuje del líder estudiantil Julio Antonio Mella, en la Universidad Popular “José Martí”⁶.

Conocedor profundo de las realidades, tantas veces denunciadas desde su militancia partidista en tiempos de la república neocolonial, Marinello advertía la existencia de “una cantidad considerable de hombres y mujeres integrados a la producción que están fuera del sistema nacional de educación”⁷. Se trataba entonces de diseñar una política que garantizara el acceso de obreros y campesinos a los centros universitarios, máxime si la Revolución en su andar transformador requería de mano de obra calificada orientada a las tecnologías y a las ciencias agropecuarias. De ahí que la separación de estos grupos sociales del resto del estudiantado universitario, una vez concebida la Facultad Obrera Campesina, solo obedecía a la necesidad de nivelación de los conocimientos básicos y no a la disgregación de la institución, según clases sociales⁸.

Pero numerosas dificultades demoraron la irrupción de los obreros en la Universidad de La Habana. Entre ellas la falta del personal profesoral calificado para su concreción, en un momento además de progresivo éxodo de profesionales y docentes, producto de enfoques y contradicciones ideológicas con las motivaciones de la Revolución liderada por Fidel Castro. Así, la colaboración de especialistas procedentes del extranjero, el intercambio y el asesoramiento académico, comenzarían a situarse dentro de una de las líneas más distintivas de la nueva universidad⁹.

Los “profesores invitados”

Una considerable cifra de experimentados docentes y otros especialistas de alrededor de 14 países (Argentina, Uruguay, México, Suecia, Ecuador, EE.UU, Perú, Israel, Colombia, Italia, República Dominicana, República Democrática Alemana, Polonia, y el mayor número, de España, Chile y Checoslovaquia), arribó a Cuba entre 1962 y 1963. Unos llegaban atraídos, en principio, por la posibilidad de apoyar con su labor la obra de la sui géneris Revolución cubana, y otros por la personalidad de Marinello cuya peculiar trayectoria era conocida y admirada en círculos intelectuales de izquierda de América Latina y Europa.

La misión de los “profesores invitados”, como gustara llamar Marinello a estos colaboradores, gran número provenientes de la República Socialista de Checoslovaquia, se proyectaba desde necesidades bien concretas. No se trataba de que el aporte de los mismos, fuese una “cosa anárquica”. Tal contribución se orientaba en determinadas áreas del trabajo técnico, que incluía la asesoría teórica y práctica a ministerios, industrias y minas cubanas y para lo cual vendrían a trabajar y a residir en Cuba.

Se enrolaron en la elaboración de planes y programas de estudios, en la impartición de cursos, seminarios, conferencias extracurriculares y de la docencia regular en los campos de la geología, la química, la geografía, la geofísica, la física, las ingenierías, las matemáticas y otras ciencias afines¹⁰. Otros dieron su aporte en Escuelas como la de Filosofía y Letras e Historia, que ya tenían una tradición excepcional en la formación universitaria dentro de la otrora universidad¹¹. En distintas ocasiones Marinello se refería a ellos como parte del proceso de la reforma, al precisarlos a emitir opiniones, hacer comentarios o elaborar alguna crítica; a la vez que elogiaba sus ejecutorias.

Complementaban esa importante labor académica los distintos investigadores que llegaban de paso al alto centro docente para intercambiar ideas o simplemente para comentar sus resultados de trabajo. Varias fueron las charlas producidas, en diversos escenarios de la universidad, por relevantes exponentes del mundo científico internacional, así como las visitas de rectores de otros centros de estudios superiores fuera de Cuba¹².

Este tipo de conferencia extracurricular convirtió a la Universidad en un hervidero de sapiencias que innegablemente redundó en una nueva dimensión del concepto de lo universitario. Había espacio para todo: la economía política, las ciencias veterinarias, las ciencias jurídicas, la educación física y la medicina deportiva, las letras, la filosofía, la política internacional, la historia, la psicología, la producción cinematográfica, la cultura artística, el conocimiento de las lenguas extranjeras, a la vez que se exaltaba la obra de las más sobresalientes figuras de la cultura cubana.

Ciencia y conciencia

Otra de las líneas que impulsa la reforma bajo el rectorado de Marinello, muy vinculada a la acogida de los catedráticos extranjeros, es la amplia potenciación de la investigación científica. Los planes y proyectos científicos, a tono con las necesidades del país y el calado y trascendencia que la revolución socialista exigía, unida a la incorporación de nuevas ideas en el modo de impartir y organizar la docencia, tan permeada por el sistema de cátedras vitalicias, abría la gran brecha que por decenios separó a la universidad de su medio social.

Hacia 1963, la Junta Superior de Gobierno perfilaba para 1963 un conjunto de propuestas que lamentablemente quedaron truncas, una vez cesó el rectorado de Marinello. Entre ellas: Exploración y mapa geológico y estructura del área Mariel-Cabañas-Bahía Honda; Creación de un laboratorio de investigaciones químicas, que incorporara servicios de análisis, principios activos y celulosa en las plantas cubanas; Degeneración de la patata en Cuba y sus causas biológicas; Equipo para la aplicación de pesticidas en los campos de arroz; Clasificación de los suelos de la provincia de La Habana en relación con su uso como materia prima para la construcción de terraplenes¹³. Entonces, surgía el Instituto de la Actividad Nerviosa Superior, primer centro dedicado exclusivamente a la investigación, inaugurado en 1963 en la Universidad, bajo la dirección del doctor José A. Bustamante, que más tarde pasaría a la Academia de Ciencias.

Comenzaban las investigaciones y con ello la Casa de Estudios Superiores habanera iba dejando atrás los vetustos retrasos que le habían caracterizado. Empero, Escuelas como la de Arquitectura y de Medicina estaban entre las más avanzadas de América Latina, y de igual modo, descollaban eminencias profesoras, como Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Manuel Márquez Sterling, Julián Alienes Urosa, Leví Marrero, Luis de Soto, Carlos de la Torre, Luis Montané, Dr. Ángel Arturo Aballí, Dr. Pedro Kourí Esmeja, Dr. Antonio Rodríguez Díasla. No obstante, en distintos períodos y momentos, la universidad en su conjunto constituía un centro desconectado de su contexto social.

Bien lo había advertido Marinello al referir cómo en: “un país eminentemente agrario, la enseñanzas atinentes eran raquíticas; en una nación necesitada de diversificación industrial, las enseñanzas técnicas indispensables no existían; en una tierra con abundantes reservas mineras, no se preparaban los encargados de desarrollarlas; en una isla que todo es costas, la técnica naval era prácticamente desconocida”¹⁴. Tal realidad podía tornarse dable en la perspectiva de país neocolonizado por el capital extranjero, pero de ninguna manera en el ideal emancipador del comunista, a tono con los fines manifiestos por los organismos rectores de los cambios educacionales a nivel de país. Un nuevo enfoque debía tipificar lo que definía como la “tarea científica”:

”Esta etapa nueva supone un cambio de calidad que exige claro entendimiento y laboriosidad sin treguas. Nuestro científico ha de poseer, en la mayor suma, el saber sin fronteras, indispensable para un rendimiento valioso; pero debe vivir penetrado, al mismo tiempo, de las realidades circundantes. Al ver en estos días aparatos modernísimos en varias Escuelas de la Facultad, y al comprobar, cómo avanzan investigaciones realizadas con elementos de nuestro medio, y cómo se comunican y articulan en muchos casos los trabajos prácticos con otros organismos estatales, hemos sentido que están sentadas las bases de una orientación correcta y fecunda”¹⁵.

Otra de las aristas de la reforma que Marinello encausó con sabiduría, pese a las ingentes condiciones y deficiencias que obstaban la marcha renovadora de la universidad, fue la formación de los técnicos que Fidel Castro clamaba para las reformas económicas del país. Dentro de los estudios de mayor demanda sobresalían las ingenierías: Pecuaria, Industrial y Mecánica así como las recién creadas carreras de Ciencias Biológicas, Química-Farmacéutica, Geología y Geografía que, unidas a otras de igualmente nueva creación, conocidas como “carreras menores”, o de tradición universitaria positiva, conformaban un nutrido grupo de especialidades con diferentes e importantes dimensiones sociales¹⁶.

A ello se sumaban iniciativas que evitaban planes de estudios académicamente recargados para graduar en un plazo que no excedería los tres años, peritos azucareros, topógrafos, hidráulicos, pero también, farmacéuticos, mecánicos dentales a la par que se potenciaban los vínculos teoría-práctica.

En esta última dirección, la perspectiva de formación universitaria de Marinello, de evidente huella martiana, aparece notablemente influenciada por la política educacional de los países socialistas europeos. Desde distintos ángulos, la experiencia de estos influyó en la implementación de la reforma en la universidad habanera, sin llegar a ser en varios de sus planos ni exclusiva ni acrítica. Como es sabido, en reiteradas ocasiones Marinello expresó su aprecio por los cambios culturales producidos en las naciones socialistas europeas.

Ahora, el intelectual comunista podía ver realizadas sus principales aspiraciones, definidas con anterioridad en su artículo “Cultura y docencia en la Unión Soviética”. Entonces, Marinello debatía la visión utilitarista de algunos pedagogos cubanos, entre ellos, A.M. Aguayo, que apreciaban que la enseñanza y actividad cultural soviéticas se encontraban “dañadas de un estrecho industrialismo y de un mísero sentido clasista”. Sin embargo, para Marinello tal metodología no respondía a otra cosa que a “la intención [...] de preparar al hombre y a la mujer para la vida de trabajo, para unir la escuela a la vida en una ascensión tan natural como obligada”¹⁷.

Consciente del academicismo que caracterizaba de forma general a los graduados de los estudios superiores en tiempos de la república neocolonial, el interés del intelectual residía en que lo instructivo fuera hermanándose con la experiencia práctica. Ya en 1959, manifestó dicha utilidad al suponer que: “Herida en su base la organización clasista de la sociedad [...] la docencia superior hace avanzar decisivamente la obra de unir la educación a la producción, de acortar la distancia entre lo intelectual y lo manual, de crear un vivero de firmes conocimientos y cabales servicios colectivos”¹⁸. Justamente en un contexto donde se comenzaba a reestructurar la vida institucional y planificada del país. Hacia 1962, la voluntad de ajustar la Universidad a las necesidades económicas latentes, se visibilizó en el incremento del número de carreras de nueva creación, de los recursos humanos y en la expansión física de la institución.

Lógicamente, cada vez más, la capacitación de los docentes, a veces estudiantes de los últimos años de la carrera o recién graduados, constituía un imperativo insuficiente de suplir con la ayuda de los profesores invitados. La labor desplegada por el entonces vicerrector, José Altshuler Gutwert, fue fundamental en el trazado de la preparación y formación docente universitaria. Interesantes proyectos, pensados para ser irradiados al resto del país, como el sistema de publicaciones científicas seriadas, de las cuales solamente alcanzó a ver la luz *Memoria de la Facultad de Ciencias, Carta Docente* y *La investigación científica, un panorama*, o bien proponían resultados originales de la investigación científica, o bien opiniones y noticias especializadas tanto de fuente nacional como extranjera, algunos de los cuales con posible utilidad inmediata para el país, en ramas como la Matemática, la Geología y las Neurociencias¹⁹.

Las manchas del sol

No obstante los esfuerzos realizados, la reforma de 1962 como proceso intrínsecamente complejo, dependiente de un cúmulo de factores para su cabal realización, distaba de ser un fenómeno ideal, como en reiteradas ocasiones lo aludió Marinello. Las dificultades eran muchas, “difíciles y poderosas”, en el sendero a transitar para el buen desenvolvimiento de las líneas fundamentales de lo que llamó “universidad del pueblo”.

No bastaba disponer de los medios tecnológicos y las condiciones inmobiliarias para el buen despegue y fortalecimiento de la enseñanza científica. Los logros podían palparse, pero aún la reforma estaba al borde del camino en cuanto a la hondura del calado de una mentalidad acorde al espíritu de la remodelación y aplicación de planes y programas de estudios. No en todas las facultades se marchaba parejo. Llevar la ciencia a las aulas dependía -en buena medida- del nivel de preparación y asunción del cambio en la metodología de la enseñanza y aprendizaje que los docentes, llamados a convertir el saber científico en una actividad de creciente poder, debían implementar en sus aulas.

Con el empuje hacia una institución universitaria en contacto con expresiones elevadas de cultura en el mundo de las ciencias y las artes, se cernía el rezago de los tiempos de la enseñanza dogmática y simplista, (intelectualismo, memorismo, carencia de investigación, crítica y debate), muy difíciles de erradicar en tan corto tiempo. Parejo a ello, se evidenciaban conflictos y criterios divergentes que entorpecían el impulso reformador inicial. En el torbellino que significaba institucionalizar una obra revolucionaria sin precedentes en Cuba, la Universidad tampoco dejó de ser reflejo del complejo proceso de unificación de las fuerzas políticas nacionales. Pese a todo, emergió renovada. Justamente, en ese proceso se revelaría con lucidez la máxima que habría de ser la piedra angular del ideario y accionar socioeducativo de Marinello: “[...] la educación es, en lo profundo, una empresa estratégica para arribar a la nueva sociedad”²⁰.

NOTAS

1. El movimiento escolanovista es conocido como de la nueva educación, escuela nueva o activa. Integraba grupos de corrientes muy heterogéneas que a pesar de ello confluían en la crítica al sistema educativo tradicional, proponiendo desplazar el autoritarismo del maestro con el papel activo del niño. Es decir, la autoeducación, la autodisciplina y autoaprendizaje del párvulo como centro del proceso educativo.
2. “La democracia por la educación” formaba parte de una concepción político-educativa diseñada por las élites de las principales potencias mundiales, bien delineada, sobre todo, a partir del Congreso de Educación celebrado en Nueva York en 1939. El insigne pedagogo Alfredo M. Aguayo y sus seguidores, supieron recepcionar y adaptar a Cuba estas premisas; Alfredo M. Aguayo: *La*

- democracia y su defensa por la educación*, 1941, p. XI, en Yoel Cordoví Núñez: *Concepciones acerca de la disciplina escolar en el pensamiento psicopedagógico de Alfredo Miguel Aguayo*, Tesis en opción al grado de Doctor en Ciencias Pedagógicas, (inédita).
3. Este trabajo es un resultado parcial de la investigación: *Juan Marinello: la “escuela unificada” y la “universidad del pueblo” en su pensamiento político. 1940–1963*, Tesis en opción al título de Máster en Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, 2013.
 4. Juan Marinello: “La Universidad, destacamento revolucionario”, en *Juan Marinello: Maestro emérito de la cultura cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 2. Juan Marinello, “Revolución y Universidad”, sobretiro de la revista *Fundamentos*, La Habana, 1959, p. 13; Jicotea, poblado de la entonces provincia de La Villas, donde nació Marinello.
 5. Juan Marinello, “Revolución y Universidad”, Ob. Cit., p. 13.
 6. La primera Facultad Obrera Campesina que se creó en Cuba fue la “Rubén Martínez Villena” en la Universidad Central de Las Villas “Marta Abreu”, en 1962. A mediados de 1963 comienza a implementarse la Facultad Preparatoria Obrera “Julio Antonio Mella”, de la Universidad de La Habana, dirigida por Reinaldo Casín y para cuyos trabajos de conformación Marinello había designado al vicerrector José Altshuler, quien contó con el asesoramiento del profesor Max Zeuske, de la República Democrática Alemana.
 7. Juan Marinello: “¿Qué cosa es la Facultad Obrera Campesina?”, *Bohemia*, agosto 3, La Habana, 1963, p. 30.
 8. Juan Marinello: *Facultad Preparatoria Obrera*, Sección Manuscritos, Colección Cubana, Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”, (s.a), (s.p). El ingreso a la FOC, cuyos cursos no debían extenderse más de cuatro años, demandaba un mínimo de requisitos que comprendía nivel de instrucción elemental y la vinculación a la producción, además de no ser menor de 18 años y no mayor de 40 y pasar con éxito las pruebas mínimas de capacidad y aptitud que se estimaran oportunas. De igual modo, se tendrían en cuenta los casos de extensión de estudios con el objetivo de estructurar los cursos de manera que se pudieran combinar apropiadamente el trabajo productivo y la asistencia a clases.
 9. El entonces ministro de Educación, Armando Hart, involucrado en la Reforma desde el comienzo, presidió la primera delegación cubana que, con el propósito de tender puentes de colaboración docente y cultural, viajó a los países socialistas europeos y a China de marzo a abril de 1961. Como resultado de los contactos establecidos con las comunidades locales de antiguos “niños de la guerra civil española”, se incorporaron a la Universidad de La Habana algunos docentes hispanohablantes altamente calificados; entrevista concedida a la autora por José Altshuler, ex–vicerrector de la Universidad de La Habana, marzo de 2012.
 10. Dentro de la relación de cooperantes se encontraban: František Čech y Milan Mišik (Geología); Josef Hládík (Geofísica); František Šik y Celiar Silva (Matemática), Eduard Kozina y Milan Balda (Ing. Mecánica y Automática); Fernando Blanco (Química orgánica); Pedro Gutiérrez Mora (Ing. Civil); F.D. Kochánov, Claude Monet-Descombey, Theodore Veltfort y Dina Waisman (Física); Andrzej Dembicz (Geografía), y Max Zeuske (Historia), colaborador científico del Instituto de Historia General de la Universidad “Carlos Marx” de Leipzig y del Departamento de Historia de América Latina, familiarizado con la organización de las Facultades Obreras Campesinas de la RDA; entrevista concedida a la autora por José Altshuler, Ob. Cit.
 11. Por ejemplo: María Cristina Miranda introdujo la disciplina de Historia de España en la Escuela de Historia, brindó asesoramiento a los jóvenes profesores y residió durante varios años en Cuba; Sergio Benvenuto, profesor uruguayo que procedía de Francia contribuyó con una nueva mirada a los estudios históricos; testimonio del Dr. Constantino Torres Fumero, profesor de la Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.
 12. Las disertaciones de ilustres académicos del mundo en la Universidad de La Habana, a la vez que la colocaba en el centro de atención de la opinión internacional, ligada al proceso de cambios que se vivían en la Isla, comenzaron a generar un ambiente y espíritu de desarrollo de la educación superior incomparable con la época anterior a 1962. Representantes de la Academia de Ciencias de la URSS, preocupada por el uso de la teoría atómica y la energía nuclear con fines pacíficos, así como de la Academia de Ciencias de Medicina de Madrid, de la de Ciencias de Turín y de la Sociedad de Biología de París, en la persona de Alejandro Lipschutz, fisiólogo y antropólogo, prestigiaban los predios universitarios e impulsaban la obra de la revolución educacional que la reforma

aspiraba a realizar. Asimismo, otras personalidades como el francés Jean Painlevé, relevante en la ciencia y la cinematografía, “resultado de una obra innovadora, trascendente, en el campo de la aplicación del film a la investigación y la vulgarización científicas [...] de las diferentes ramas de la ciencia; la física, la medicina, la química, la matemática, las ciencias naturales”[1]; el marxista Roger Garaudy; Charles Bettelheim, doctor de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, y especialista en investigaciones económicas de los países subdesarrollados y los historiadores Pierre Vilar, hispanista francés, y J. Grigulevich, soviético, brindaron charlas sobre sus investigaciones e inquietudes científicas.

13. “Importantes proyectos para 1963 de la Comisión de Investigaciones de la Universidad de La Habana”, en *Vida universitaria*, No. 149–150, Año XIV, enero-febrero, La Habana, 1963, p. 35.
14. Juan Marinello, entrevista de Ángel Augier, *Bohemia*, Año 54, enero, La Habana, 1962, p. 41.
15. Juan Marinello: “El Centenario de la Facultad de Ciencias,” *Vida universitaria*, No. 142, Año XIII, junio, La Habana, 1962, p. 42.
16. Estas eran: ingeniero de minas, ingeniero civil, ingeniero industrial, ingeniero mecánico, ingeniero metalúrgico, profesor secundario, estomatólogo, médico veterinario, agrónomo, geólogo, ciencias biológicas, químico, perito químico azucarero y bibliotecario auxiliar. Esta última se concebía en un plan de emergencia de un año de duración, para los que hubiesen completado los estudios universitarios y de dos años para los que tuviesen título de bachiller; entrevista concedida a la autora por José Altshuler, Ob. Cit.
17. Juan Marinello: “Cultura y docencia en la Unión soviética”, La Habana, 1944, pp. 12–13.
18. Juan Marinello: “Revolución y universidad”, Ob. Cit., p. 3.
19. Al igual que *Carta Docente, Memorias de la Facultad de Ciencias*, circuló entre 1962 y 1963. En Carta Docente se publicaron diversos trabajos como: “Lo que espera la Universidad de sus profesores en los actuales momentos”, de Dulce María Escalona, Pedro Cañas Abril y Aníbal Rodríguez, “Observaciones de estudiantes cubanos sobre los métodos de enseñanza en la URSS”, de Pedro M. Pruna y otros, “El ingreso a las carreras universitarias y las necesidades urgentes de nuestro desarrollo”, de José Altshuler, “Cómo se hace un trabajo universitario”, de H. B. Whiteman, Universidad de Yale, traducido y adaptado por el Prof. Roberto Fernández Retamar, “Psicólogos profesionales ¿para qué?”, de A. Bernal del Riesgo.
20. Juan Marinello: “Revolución en la educación”, (s.l), (s.e), (s.a).